

La naturaleza y los dioses

GEOFFREY HODSON

Utilidad de la relación con los Dioses

Aunque es verdad que se obtiene automáticamente ayuda angélica en todas las modalidades del Servicio por medio del poder del pensamiento, no es menos cierto que la eficacia de tal servicio, el grado de cooperación y la vividez y potencia del pensamiento aumentan grandemente cuando la relación con las huestes angélicas es consciente. Además de los ordenes de ángeles que se invocan más comunmente, tales como: los de poder, los de curación, los de la guarda y los de ceremonial, es de gran valía el establecer relación con los Angeles de la naturaleza, especialmente los del paisaje, como los grandes Dioses, de las montañas. Residiendo cerca de las montañas de California, el autor ha gozado recientemente de esta relación y el presente artículo tiene por objeto exponer algunas de las ideas resultantes.

Podemos enumerar tres resultados importantes que la humanidad obtendría del contacto consciente con los ángeles de los paisajes, a saber:

1) Una expansión de la conciencia a la vida oculta de la naturaleza. Esta se alcanza por la meditación dirigida a tal fin, y practicada preferentemente en un paraje de belleza natural. Esto producirá en el hombre una profundización de la verdadera religión.

2) Curarse a uno mismo y a otros, por la acción de la fuerza de la naturaleza sobre los vehículos físicos y suprafísicos, expuestos conscientemente a dicha acción, y por el contacto y cooperación de las huestes angélicas y de los espíritus de la naturaleza.

3) Una vivificación del sentido de la belleza, lo cual es un desenvolvimiento de gran necesidad en la condición actual de la humanidad.

Entre las experiencias a que me refiero, puedo relatar la aparición de un dios de montaña, de la cual se tomaron las siguientes notas:

Su entero ser brillaba con luz deslumbrante; el aura externa de blanco fulgurante como las cumbres cubiertas de nieves eternas, cuyo poder y majestad parecían encarnados en El. Su aura blanca externa dejaba traslucir los colores de la interna, predominando los verdes oscuros del ciprés y del enebro dentro de los cuales resplandecía la gloria de oro del sol del mediodía, alternando con rosa claro, azul celeste y en volviendo la forma deiforme toda blanca y radiante de la cual fluían las energías aúricas de rutilante belleza y de infinitos matices.

Su faz de perfil enérgico reflejaba la fortaleza de la montaña; los ojos ampliamente separados, iluminados a veces con el fuego chispeante de una mente ardiente y de una voluntad irresistible; otros veces oscuros con su fuego apagado. Los cabellos parecían una masa de llamas chispeantes extendidas hacia atrás y coronados por una aureola de energía radiante que brillaban como las «joyas» coloreadas de sus pensamientos. ¡Un Dios realmente! Un Mensajero enviado por los Dioses a los hombres.

Las ideas de este gran Ser por lo que respecta a los hombres parecen ser las siguientes: El acercamiento a la naturaleza de parte del hombre moderno obedece casi exclusivamente a impulsos y sentimientos externos. Muy pocos, entre los devotos de la

naturaleza, se aproximan a ella quietamente con los sentidos externos apaciguados y los sentidos internos receptivos. De consiguiente, pocos son los que descubren a la Diosa misma; pues Ella se oculta de los hombres tras el velo de su belleza externa.»

La vida activa tiene un cierto valor y constituye una de las bellezas de la vestidura externa de la naturaleza. Pero se oculta un valor mucho más grande y belleza mucho más sublime tras el velo que sólo se puede recorrer en silenciosa contemplación de la Naturaleza misma. El corazón de la Naturaleza, salvo en su pulsación rítmica, mora en el silencio. En medio del rugido de la tempestad, en el choque de las olas, en el murmullo de los árboles, en el fragor de las cascadas, existe una quietud, en la que se penetra únicamente en silencio mental, calma y paz. El devoto que en el santuario de la Naturaleza aspira a percibir los latidos de su corazón, conocer el poder del silencio dentro del sonido y vislumbrar la belleza oculta tras el velo, ha de acercarse a su altar reverentemente y con la mente aquietada.

El portal del templo de la Naturaleza existe. Se le ha de encontrar, abierto y traspuesto en toda forma natural. La contemplación de una simple flor puede ser el medio de entrada; el arbusto que despliega la simetría de la naturaleza; el árbol gigantesco o pequeño; la cordillera; la simple cumbre; el río que se desliza sereno; la atronadora cascada; la belleza asombrosa del desierto, con sus matices de color durante el día y su quietud durante la noche servirán al alma contemplativa del hombre de entrada a lo real, donde la Naturaleza mora.

La contemplación de la forma externa, la identificación con la vida intempera, la profunda reacción del corazón a la belleza de la Naturaleza interior y exterior, son la disposición de ánimo con que uno ha de acercarse al portal del templo de la Naturaleza, porque ellas dan entrada a Su intérrimo santuario. Allí dentro los Dioses esperan; los que carecen de edad; los sacerdotes perennes que sirven, desde la aurora creadora hasta el crepúsculo, dentro del templo que es el mundo natural.

¡Pocos! demasiado pocos han encontrado las entradas desde que Grecia quedó en ruinas y Roma cayó en la decadencia. La rueda continúa girando; la edad de oro retorna; la naturaleza llama de nuevo al hombre quien, oyéndola, trata de responder. Los griegos de la antigüedad se distinguían por su sencillez; las complejidades de la vida no habían aparecido todavía; el carácter humano era directo; la vida humana sencilla; las mentes humanas, aunque primitivas en comparación con la del hombre moderno, estaban en íntima armonía con la Super-Alma universal.

El hombre ha pasado por un periodo de oscuridad, después de la caída de Roma. Envuelto en complejidades crecientes ha perdido el contacto con el Alma universal. De consiguiente, la sencillez, tanto de vida y de mente, ha de caracterizar quien rinda culto en el santuario de la Naturaleza. La complejidad embota los sentidos, tanto del cuerpo como del alma. La visión, sea externa o interna, ha de ser muy aguda, para que pueda percibir la belleza interna de la naturaleza. Todo lo que embota los sentidos, todo lo basto, lo impuro, la molición y la complejidad ha de abandonarse. La Diosa Naturaleza debe ser contemplada en pureza, sencillez y calma.

Busquen los hombres en las bellezas de la montaña, del valle o de la colina, de la arboleda, de la planicie o del desierto, comunión con la vida que mora en la forma, utilizando a ésta como medio para llegar a dicha vida.

Toda la tierra alienta, su corazón late, porque el globo es un ser viviente, con poder, vida y conciencia encarnados en él. La tierra misma es el cuerpo de un Dios, el Espíritu de la tierra. Los ríos son sus nervios; los océanos, grandes centros nerviosos; las Montañas, el esqueleto de la gigante tierra, cuya superficie es el campo de evolución del hombre y cuya vida interna y potentes energías son la residencia de los Dioses. Las energías las descubrimos en parte valiéndonos de instrumentos y de la mente. La vida

interna exige la cooperación del corazón y no necesita otros instrumentos más que el alerta, pero calmado, cerebro del hombre.

Apareció otro gran ángel blanco de las alturas, cuyo cuerpo brillaba con los reflejos de la luz del sol del amanecer sobre la nieve. Su dilatada aura resplandecía con rutilantes matices dispuestos en bandas sucesivas desde la forma central al borde del aura. De su cabeza se elevaba abriéndose en forma de abanico, un chorro de fuerza ígnea y blanca; mientras que tras de la forma flotaban corrientes de poder, cual alas áuricas de colores rosa pálido, azul pálido, verde claro y bordeadas de color violado.

De toda su forma fluían, además, energías áuricas multicolores que se extendían a una gran distancia y en medio de la aureola brillante y trasluciente, aparecía la forma blanca como la nieve, ligeramente posada sobre el suelo.

Su faz daba la impresión de fuerza viril y masculina: la frente ancha; ojos profundos y muy separados, de los que se desprendía gran poder unas veces; en otras aparecían apagados en oscuridad inescrutable, como si meditara en las profundidades de su ser sobre el misterio de la vida. El «cabello» estaba formado por energías que en ondas rizadas como llamas emanaban de su cabeza. La nariz y la barbilla eran de perfil robusto; los labios gruesos; la entera faz imponía por su majestad y poder y daba idea de la estabilidad de una cordillera de montañas.

La forma era magnífica, como la de una gigantesca estatua de dios griego. Sus pies aparecían hundidos en llamas que jugueteaban a su alrededor; los brazos y las manos eran conductores de la fuerza que se desprendía visiblemente de la punta de los dedos. En el interior de la cabeza, detrás de los ojos, se encontraba el centro de la fuerza, del cual se elevaba una corriente de poder; este era el centro de la inteligencia de la forma; el polo positivo, o foco, conectado magnéticamente con el centro de vida, que era su polo negativo. Este último estaba en la región del plexo solar y resplandecía como un sol de múltiples matices. De la cintura para abajo la forma estaba velada por flotantes fuerzas y de toda la forma fluía constantemente una energía blanca y radiante, de ofuscante resplandor.

Revestida de fuerza y luz, la entera poderosa figura aparecía como la encarnación del poder de la Naturaleza, una manifestación individual de la energía creadora universal. Habló con voz de bajo, profunda y resonante, vibrante con el poder del elemento tierra, diciendo:

«Los Dioses aguardan la unión de la mente humana con la mente universal. La humanidad despierta lentamente. Pocos son todavía los que perciben la mente en la substancia; la vida en la forma. Cegado por la materia durante largas centurias, el hombre no empieza todavía a ver. Nada más que unos pocos escapan a la ilusión de la materia y de la forma. Aun en estos, salvo en muy contados, el despertamiento es instintivo, el escape ciego y vacilante.

Para que el despertamiento sea autoconsciente y para guiar la liberación aparecen los Dioses. Que busque el hombre la mente en la substancia; la vida en la forma; porque buscando así entrará en el reino de los Dioses. El hombre ha escudriñado toda la tierra en busca del poder y de la experiencia de la vida; ha explorado las selvas, ha escalado las cumbres y ha conquistado las inmensidades polares. Que busque ahora dentro de la forma externa, que escale las alturas de su propia conciencia; que penetre sus profundidades, buscando allí el poder y la vida, que es la única que lo hará fuerte y rico espiritualmente.

Que el hombre utilice las cumbres de las montañas, los vastos desiertos, como medios de verdadero descubrimiento, contemplado allí lo que es real; descubriendo la mente y la vida que crea y lo sostiene todo. A aquel que así expanda su vida y su mente a la vida que mora en todas las cosas, uniéndose a ella se le aparecerán los dioses.»

«En silencio contemplativo, que el hombre medite sobre el Yo, afirmando así su
identidad con El:
Poder Universal,
Vida inmanente,
Que todo lo llena;
Tres, no obstante Uno.
Yo te busco por el poder, la vida y la mente
Que es mi Yo.
¡Dios de poder, vida y mente!
Yo te saludo.
En el Yo del Universo somos Uno,
Yo soy ese Yo; ese Yo soy yo. »

(Traducido de The Theosophist. , vol. LIV, núm. 9 y publicado en la revista española
“Teosofía” de Octubre 1933)